

Carta a modo de informe preliminar para el manifiesto proyectado por el "Comité Estudiantil-Obrero" (1)

"La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sólo los obreros y un tesoro de cuya inversión sólo responsables".

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Ariel)

"¿Cuándo llegará a esta tierra mezquina algo de la inteligencia contemporánea, cuando nos sentiremos vivir en medio de este mundo que nos arrastra, y para el cual no tenemos sino una estúpida mirada de indiferencia o de egoísmo?"

F. GARCÍA CALDERÓN

QUIEN estas palabras os dirige, queridos compañeros, está acostumbrado a pensar y a escribir, y una y otra cosa son hábitos agradables de su vida. Pero al dirigirse a vosotros, en la ocasión actual, experimenta una emoción nueva, un agudo sentimiento de responsabilidad unido a un vivísimo deseo de traducir íntegro el mensaje de su espíritu.

Días de meditación casi dolorosa sobre el caos moral e intelectual en que vivimos; días de amargas experiencias en medio de las hipocresías y mentiras de los cobardes egoístas, han seguido a las jornadas posteriores a la gran asamblea del 23 de mayo.

Hemos tenido que convencernos de la verdad de algunas de nuestras suspicacias acerca de las falsedades e impurezas del movimiento de opinión originado en San Marcos. Se ha evidenciado una vez más—a pesar de todos nuestros deseos y esperanzas—la íntima anarquía que esteriliza la acción de las generaciones nuevas; se ha palpado la ausencia de verdaderos ideales de cultura y la carencia absoluta de orientaciones salvadoras. Y ya no se trata de esa «variedad que es signo de esfuerzo fecundo» a la que con razón afirmaba el Maestro, que no había que temer. Lo que hemos observado, lo que ha dejado en nuestro ánimo una impresión de imborrable tristeza, es una sorda pugna de tendencias y aspiraciones irreconciliables entre los elementos constitutivos de nuestra juventud. «Perseguid—predicaba el Maestro—la unidad del entusiasmo y la trascendencia suprema de los grandes ideales a través de los matices, de las opiniones y de las escuelas». Pero entre nosotros sólo se dá la fiera hostilidad de los más torpes y cerradamente personales egoísmos. ¿A qué extremos de bajeza moral, a qué apoteosis de la intriga, a qué refinamientos de astuto servilismo, nos conducirá esta negación obstinada y sistemática de todo fin superior y mediato que tenga la virtud de aplazar las rivalidades y ambiciones del momento?...

La «sorprendente disciplina», notada en ciertos momentos de la acción por Haya, parecía indicar el surgimiento de un espíritu nuevo. Indicio de una firme voluntad para proseguir en el camino trazado, para abrir en la espesura de los intereses creados y de las aspiraciones egoístas una ancha brecha de abnegación y desinterés, esa disciplina era en verdad un síntoma consolador. Mas ¿qué se ha hecho esa disciplina apenas ha empezado a ejercer su deletérea acción el ambiente corrompido de nuestra vida pública? ¿qué se ha hecho esa disciplina apenas se ha infiltrado en nuestras filas el aire mefítico del egoísmo de hogares y familias, de sociedades y círculos

para los que no existió más bien común que el de su clan, especie de bárbara solidaridad de tribu o de pandilla?...

Se ha desvanecido como un sueño la imagen—viva un instante—de una juventud digna y altiva; ha callado al conjuro de siniestras amenazas el valeroso verbo de una multitud salvada—por un instante solo—del envilecimiento en la opresión. Frente al osado ademán de la hueste improvisada y cándida, ha vuelto a reunirse el conciliábulo de los que explotan la esclavitud moral e intelectual. Los enemigos momentáneos, pero no substanciales, de la tiranía han tornado a enrolarse en las filas del amo. Y de un momento a otro, cuando deberían empezar a traducirse en acción vigorosa y firme las altivas declaraciones aclamadas por multitudes sedientas de dignificación humana y de libertad civil, la falange improvisada ve debilitadas sus filas con la desersión de los que no tienen el sentido de la responsabilidad de las palabras y las actitudes públicas.

Debemos mirar con tolerancia estos fenómenos, queridos compañeros. Nuestro clima moral no da para más. Pero es necesario, a pesar de todo, que no dejemos apagarse definitivamente la llama tan difícil y laboriosamente encendida en este caos. «Las generaciones que llegan a la vida esperan ansiosas un resurgimiento»—exclamaba el Maestro, y añadía: «En su anárquico vocerío, yo descubro una armonía íntima y una voz que no llegó nunca a mis oídos».

Si, queridos compañeros; a pesar de todos los signos capaces de desengañarnos; a pesar de la fuerte presión de la injusticia organizada; a pesar de la triunfante y tácita solidaridad de los que ahitos de favor y de soborno pretenden desconocer la incontrastable fuerza de nuestro ideal renovador, es posible decir palabras de optimismo y de fe.

El mal que a primera vista nos desconcierta y nos descorazona no es tan hondo e irremediable. La primera conclusión a que conduce la meditación de nuestras amargas experiencias es así: *Más que en la torpeza de los egoísmos personales, la base de esa dinámica social de corrupción que constituyen el interés y el miedo, debe buscarse en la ignorancia.* Y el mal de la ignorancia es más fácil de conjurar que una posible, incurable e íntima miseria de nuestra constitución moral. La falta de una educación superior desinteresada y en concordancia con los postulados de la espiritualidad moderna; la escasez, la vaguedad y la debilidad de las doctrinas creadoras, de que ha adolecido nuestra cultura; el absoluto desconocimiento de las altas aspiraciones y orientaciones del espíritu humano contemporáneo que acusan las manifestaciones de nuestros hombres públicos y de nuestras instituciones, sin excluir de esto a nuestro raquítrico, empírico, mercenario y cobarde periodismo; la ausencia de autorizados apóstoles del ideal nuevo en los puestos dirigentes de nuestra pedagogía; la honda crisis de las vocaciones desinteresadas en que se ha traducido el auge del positivismo ochocentista; el tecnicismo científico y sin mensaje moral de nuestra enseñanza; la falta de un fervor ético-estético que caracteriza nuestras actividades superiores; el empirismo improvisado y sin finalidades elevadas de nuestra legislación; el menguado personalismo de nuestra política, ayuna de ideas y principios, todo, todo concurre a colocar nuestra vida colectiva en un plano absolutamente desfavorable para las inquietudes de la inteligencia y las generosidades del ideal. En medios tan despojados de germinaciones ideológicas, en ambientes tan enteramente abandonados a la rutina de las costumbres; en una sociedad que tiene por fundamentalmente humanos e incorregibles los vicios que han hecho de ella una colectividad miserable y retrógrada, es en alto grado difícil la instauración del régimen de la inteligencia creadora y de la voluntad cultural que hace de otros pueblos modernos verdaderos laboratorios

(1) Esta carta fué escrita a raíz de los trágicos sucesos acaecidos en Lima cuando la juventud universitaria y los trabajadores, en ejemplarizadora unión, obtuvieron un triunfo completo contra el bastardo maridaje que pretendió establecerse entre la tiranía y el clericalismo mediante el artificio ostensible de «consagrar la República al Corazón de Jesús».